

Mateo Díaz Choza
Libro de la enfermedad

Lima, Paracaídas Editores, 2015
Pamela Adco Sandoval



Poeta y difusor cultural, Mateo Díaz Choza (Lima, 1989) nos presenta su segundo poemario, *Libro de la enfermedad*, en el cual retoma aspectos como la concepción del tiempo cíclico, la música como eje transversal al hombre, el desierto estéril, el mar, la presencia del pasado y el discurso religioso, que ya se encontraban presentes en su anterior libro, *Av. Palomo* (2013). Ganador de los Juegos Florales de Barranco 2013 y fiel creyente de la Biblia como «ese anónimo poema extenso, a veces épico, a veces lírico», las imágenes religiosas sirven al autor para estructurar un discurso que defiende la presencia de la música, el universo de los sonidos, como aquello que ha logrado sobrevivir a la oscuridad que lo circunda.

Estructurado en cuatro partes en las que el hablante lírico refiere al mundo exterior tal y como lo concibe: vacío, inconsciente de su propia muerte y perpetuador de las tinieblas. La idea del origen del sujeto y su incapacidad para expresar la palabra son dos puntos clave que le sirven al hablante lírico para configurar ese mundo «enfermo» al que refiere como destino la muerte. A partir de la crisis de los signos y la pérdida del significado, menciona su inexistencia como único momento de libertad, puesto que ya no se encuentra la presencia de un Dios que ordene el mundo. Al contrario de ello, es esta ausencia la que ha condenado al universo que lo rodea y es tal condena la que origina tal constante: estar condenados a repetir los mismos errores y tener las mismas carencias.

En tales términos, el universo cíclico para el hablante lírico se concibe a partir de lo desarrollado en su primer libro: el presente y la historia están compuestos por un cúmulo de heridas y sucesos que desdibujan con distintos nombres pero que se mantienen en un mismo núcleo. He ahí la referencia a todos los diluvios inadvertidos dentro de la historia; diluvios con distintos nombres pero con las mismas implicancias y finalidades. El universo, tal como se lo concibe en el poemario, se posee y se habita a sí mismo a partir del desconocimiento de sus propios errores, o, peor aún, de estar condenado a cometerlos.

El presente poemario inicia, en la primera parte del libro, con la presencia del simio, del sujeto agricultor para luego pasar a la edad de los

metales. Se esbozan los temas que irán recorriendo el libro a partir de la idea del caminante, la música, el desierto y el mar como aquellos elementos que han ido sobreviviendo ante los cambios entre uno y otro orden histórico. No obstante, estos dos últimos elementos se expresan como parte de la condena del hombre en términos de que ambas imágenes le sirven al poeta para expresar la infertilidad y la imposibilidad de escapar de tal espacio.

Dentro de la segunda parte del poemario nos encontramos ante la presencia del discurso religioso así como pagano, a partir de los cuales el hablante lírico explicita la presencia de la oscuridad y de la condena en poemas como «Del infante presunto» y «Cuatro visiones de Sansón»; con lo cual maximiza el alcance de este discurso dentro la cosmovisión del hombre y no solamente del de la religión católica. En el poema «Cantos Goliardos (Canciones a María Magdalena y otros réprobos o condenados)», ello se vuelve explícito a partir de la presencia de Cristo y de la muerte; no así la de la presencia divina sino la del hombre mismo. Pues, tal como se nos presenta, es el hombre el que se ha condenado a partir de la muerte de Cristo, en la cual, se ejerce la necesidad de su sacrificio para libertarse de la condena. Condena que abarca todos los aspectos del hombre dado que es este el punto del que parte la crisis de los significados y de los ideales.

En el tercer apartado, el recurso bíblico que posibilita reforzar la idea de una fe quebrantada, la pérdida del salvador en términos de la transformación de este en piedra, la consolidación del orden agresor, se evidencian a partir de la presencia del desierto y el mar, así como la crisis de las estructuras axiológicas. La presencia de la búsqueda de un discurso dentro del universo de las constelaciones y del pasado, remite al hablante lírico a reflexionar sobre su lugar dentro del mundo que habita. Su soledad, su capacidad contemplativa y su habilidad para determinar su ignorancia lo aíslan y provocan que este pueda identificar a la música, que «...desde un calabozo evoca el fin de los / tiempos...».

En el cuarto apartado, la figura del sujeto que se aleja del mundo del colectivo, dado que se vuelve consciente del devenir y se centra en sí mismo, se contrapone con la del sujeto que se encuentra en el espacio para nombrarlo, que devela su naturaleza cíclica desde el espacio intermedio entre desierto y mar. Asimismo, entre estas dos imágenes que remiten al interludio o espacio intermedio, se propone la funcional testimonial del sujeto.

La crisis de los ideales en el que la utilidad ha reemplazado a la verdadera naturaleza, la presencia de la razón instrumental vacía de significado y la velocidad con la que el sujeto cambia dentro del presente, no lo aíslan,

sino, al contrario, propician su verdadero lugar, en el cual, es este quien devela al mundo de lo natural y del sonido como el verdadero espacio. Es decir, es tal el espacio en el que la contemplación se convierte en el pilar sobre el que el sujeto escapa de la oscuridad así como se redime y puede finalmente comprender lo divino y ancestral.

Si en *Av. Palomo* se nos mostraba una visión más idealista en términos de que es el amor, ese amor primigenio y ritual, el que permite que el sujeto persista dentro del espacio áspero del desierto, en *Libro de la enfermedad* el hablante lírico abandona toda esperanza a partir de que es la ignorancia la que sume al sujeto y hace olvidar al hombre lo que lo constituye y el verdadero valor de las cosas, por lo que le es útil a raíz del ritmo agitado y la ausencia de sentido. En tales términos, es la realidad inabordable ante la que recrimina una carencia de fe, la cual lo ha llevado a la condena colectiva que es el presente.

En tal sentido, el fuerte componente bíblico de este poemario, si bien repite las constantes de luz y tiniebla, reconfigura el espacio del universo cíclico y lo hace parte de la escritura del presente a partir de la presencia del pasado; un pasado que rescata al universo de lo natural, así como la filiación del artista para con él mismo. Y es que, dentro de la concepción poética del poeta, naturaleza y espacio divino conforman parte de lo mismo. Lo natural es divino por antonomasia, dado que no requiere de una utilidad dada, sino que es una extensión deídica por el hecho de estar presente. Es decir, la naturaleza es la luz que guía al sujeto y que este ha perdido por la presencia del devenir tecnológico.

Por tanto, tal como se nos muestra en el poema «Caravaggio», el cual hace referencia al primer pintor que rescata la figura femenina de Judit, ícono de la fe y de la virtud judaica, ver y poder nombrar o plasmar dentro del arte lo que ocurre en el espacio de las tinieblas dota a la figura del artista de una capacidad divina en términos de su habilidad. En tal sentido, la capacidad de «decir» el presente o el pasado se convierte en una tarea encomendada al artista, dada su habilidad contemplativa.

Libro de la enfermedad, en tales términos, nos presenta una concepción propia e íntima del universo que posee el poeta. Ello no solo a partir de la presencia de lo cíclico, sino así también de los rastros del espacio local. Más explícito en su anterior libro, *Av. Palomo*, el autor mantiene las constantes de desierto y mar como referentes hacia el espacio limeño, pero también, y es interesante recalcarlo, como metáforas de un espacio ubicado en el limbo, en una suerte de purgatorio en la que solo los males persisten y que el sujeto no logra comprender. En tal sentido, se adueña del lenguaje y de los recursos necesarios para gestar un universo particular en el que la enfermedad refiere a una suerte de epidemia que se ha ido

expandiendo desde el inicio de los tiempos y de la que el presente solo da cuenta.

Por tanto, la incomprensión del mismo solo recae en la ausencia de conocimiento del pasado y el aislamiento voluntario del artista. La capacidad de nombrar el mundo vuelve a la figura del poeta un sujeto necesario al mundo que lo rodea, convirtiéndolo así en una suerte de caminante solitario, silencioso, que es capaz de contemplar e identificar a los verdaderos significantes.

Es así que este poemario condensa no solo la visión íntima sino la historia de este universo junto a la travesía del mundo que lo rodea en una suerte de complementariedad. Ello, sumado al trabajo retórico, la precisión metafórica, la organización del discurso y las isotopías planteadas, convierten a este segundo poemario del autor no menos desmerecedor; sino, al contrario, parte de la crítica y al proyecto del espacio intermedio como aquel desde el que enuncia el poeta que ya se había preludiado en su primer libro, así como la presencia del mundo ritual.